

NOTA.

Débase hoy condenar la sentencia de Thrasea, pues opuestamente dicen los santos : « Hase de aborrecer el pecado, no el pecador. » Lo que Thrasea quiso decir es, que el pecar es tan propio del hombre, que quien aborrece el pecado aborrece al hombre ; queda dicho que se ha de aborrecer al uno y no al otro.

Séneca, en la consolacion á Marcia, abrevia esta carta en dos renglones :

« Ninguna cosa juzgo más hermosa en los que están exaltados en la cumbre, que dar perdon de muchas cosas, y de ninguna pedirle. »

Ciceron, *pro Marcello*, amplia esto hermosamente con tantas flores como palabras :

« Domaste gentes, con la fiereza bárbaras, por la multitud innumerables, por los lugares infinitas, bien asistidas de todos los socorros ; empero vencistes aquellas cosas que tienen naturaleza y condicion para poder ser vencidas. No hay tan grande fuerza ni tan grande abundancia, que con hierro y fuerza no pueda ser debilitada y rota ; mas vencer el ánimo, enfrenar la ira, templar la victoria al enemigo, que por nobleza y ingenio es ilustre, no sólo levantarle caído, sino aun amplificar su antigua dignidad, — al que hace esto, no sólo le comparo con los varones sumos, sino le juzgo muy semejante á Dios. »

FIN DE LAS EPÍSTOLAS Á IMITACION DE LAS DE SÉNECA.

CARTAS.

AL MARQUÉS DE VELADA Y DE SAN ROMAN, DÁNDOLE CUENTA DEL VIAJE DE ANDALUCÍA CON EL REY DON FELIPE IV ; FECHA EN ANDÚJAR, Á 17 DE FEBRERO.

Yo caí, san Pablo cayó ; mayor fué la caída de Luzbel. Mis piés no han menester apetites para tropezar : soy tartamudo de zancas y achacoso de portante. Volcóse el coche del Almirante (íbamos en él seis) ; descalabróse don Enrique Enriquez ; yo salí por el zaquizamí del coche, asiéndome uno de las quijadas ; y otro me decia : « Don Francisco, déme la mano ; » y yo le decia : « Don Fulano, déme el pié. » Salí de juicio y del coche. Hallé al cochero hecho santiguador de caminos, diciendo no le habia sucedido tal en su vida ; yo le dije : « Vuesamerced lo ha volcado tan bien, que parece que lo ha hecho muchas veces. »

Llegué á Aranjuez, y aquella noche don Enrique y yo tuvimos dos obleas por colchones, y sin almohadas. Dormí con pié de amigo ; soñé la cama, tal era ella.

Esta es la vida de que pudieron hacer relacion á vuecelencia, que para ser muy mala no necesitaba de otro achaque que de no estar sirviendo á vuecelencia como cofrade del diente ; mas todos los duelos y los serenos, con Almirante son ménos.

Su majestad es tan alentado, que los más dias se pone á caballo ; y ni la nieve ni el granizo le retiran. En Tembleque, aquel concejo recibió á su majestad con una fiesta de toros, á dicho de alarifes de rejon, valentísimos toreadores de riesgo, y alguno acertado. Bonifaz lo miraba, y de nada se dolia. Tuvieron fuegos á propósito y bien ejecutados. Su majestad de un arcabuzazo pasó un toro que no le pudieron desjarretar ; y apareciéndonos en la mesa del Almirante, Bonifaz, caballe-

rizo de los chistes del Rey y guadaña de los guisados, nos recogimos.

El día siguiente fuimos á Madrilejos, donde Bonifaz se nos apareció entre los platos y las tazas, diciendo : « Yo soy Bonifacio, que todas las cosas masco. » Salimos para la Membrilla; y á ruego de los regidores de Manzanares, por consolar aquellos vasallos, pasó su majestad por su encomienda de vuecelencia, y á todos pareció muy bien el lugar.

Bajamos á la Membrilla, donde el sueño se midió por azumbres, y hubo montería de jarros, donde los gatzates corrieron zorras : hubo pendencies y descuidos de ropa.

Concertóse el madrugar, y partimos para mi Torre de Juan Abad, donde para poder su majestad dormir derribó la casa que le repartieron; tal era, que fué de más provecho derribada. Aquí el *Caballero de la Tenaza* se recató de todos. Era de ver á don Miguel de Cárdenas con un hacha de paja en las manos, hecho cometa barbinegro, andar por los caminos como alcalde en pena, dando gritos.

De la Torre fuimos á Santistéban, donde el Conde tuvo al Rey muchas lamparillas, y por un cordel unos kiries de cohetes, que venia uno, y respondia otro, y luego otro; y luego salió un toro á chamuscarse. Hubo chirimia de acarreo, caballeros de Úbeda y Baeza, mucho linaje arredrado ai tapiz, abundante refaicion, presente numeroso por todo el estado, tiendas con pan, queso y vino. Vasallo sonoro, llamando, exhortaba á los pasajeros; doliéndose, á los señores : « Por amor de Dios (decia) tomen refresco del conde de Santistéban ». La gente acudia con facilidad, desataban el pellejo, no tenían vaso; y por no beber en el sombrero, dejaban el vino, y con él el queso y pan; porque pan y vino y queso son chilindron legitimo. El Conde se mostró magnifico, ostentó séquito, logró el dia, faltaron camas, sobraron cocheras. Mirad con quien y sin quien.

Del condado pasamos á Linares, jornada para el cielo y camino de salvacion, estrecho y lleno de trabajos y miserias. Aperciba vuecelencia la risa, hártese de venganza, logre sus profecias. Íbamos en el coche juntos don Enrique y yo y Mateo Montero y don Gaspar de Tebes, con diez mulas; y en anocheciendo, en una cuesta que tienen los de Linares para cazar

acémilas y coches, nos quedamos atollados. No hubo locura que febrero no ejecutase en nosotros; mes fué siempre loco, pero entónces furioso : con ménos causa están muchos en los orates. No habia remedio de salir : determinámonos de dormir en el coche. Estaba la cuesta toda llena de hogueras y hachones de paja, que habian puesto fuego á los olivares del lugar. Oianse lamentos de arrieros en pena, azotes y gritos de cocheros, maldiciones de caminantes. Los de á pié sacaban la pierna de donde la metieron, sin média ni zapato; y hubo alguno que dijo : « ¿ Quién descalza allá abajo ? » Parecia un purgatorio de poquito.

Esta suerte, haciendo la mortecina contra la cuesta, nos estuvimos cuatro horas hablando de memoria, hasta que el Almirante invió gente que nos redimiese del cautiverio en que estábamos : sólo Vargas con pasaporte de Riche podia librar-nos. Llegamos á Linares despues de haberse recogido el Almirante, y cenamos lo que se pudo librar de Bonifaz. Fuime á acostar, y hallé que Bonifaz me habia llevado una frazada; luego me proveyeron de otra. Es cosa de ver á Bonifaz venir de noche, haciendo los matachines del cenar y dormir, con una candelilla en las manos, preguntando : « ¿ Han cenado ? ¿ Tienen cama ? » Por él anda aquí la cena movediza, y el estado fugitivo, y la cama en boleta, pellizcando mantas; de tal suerte, que en esta tierra para espantar los niños les dicen : « ¡ la Bonimanta ! » como allá « ¡ la Marimanta ! » Grimaldos le acompaña. Y las más noches duerme de portante; asentado en una silla, ronca á sueño de dar audiencia : este es el hijo del hombre, que no tiene donde reclinar la cabeza. Come y cena de aparecimiento, y pierde el juicio.

Don Francisco Morveli viene en una punteria de alquiler, con dale, Perico, y cochea, Juan de Araña. Al estribo, Mendoza el negro en duda y mulato de contado.

Yo vengo sin pesadumbre y sin cama; que há seis dias que no sé de mi baul. Dormimos á pares don Enrique y yo; hay cama de siete durmientes, y no está segura de Bonifaz.

Es cosa de ver á su majestad con dos caballeros, el uno Zapatilla y el otro Zapaton. ¿ Y vernos ayer á Mateo Montero y á mí estar asistiendo de responso al entierro de nuestro coche; venirnos de peregrinos, de média legua, él riéndose de

verme cojear, pidiendo bueyes para sacar una pierna, y yo decirle á él, al bajar un cerrito, llevase la panza en sus manos á la silla de la Reina?

Llegamos tarde á Andújar anoche viérnes, sin luz ni guía; donde hoy nos hemos detenido por la gran creciente de Guadalquivir, y mañana porque no se sabe de las acémilas y del carruaje. El duque del Infantado se quedó en Linares, por haber caído su litera, y aporreádose. El Patriarca no parece, y le andan pregonando por los pantanos. Mis camisas me dicen se las pone un barranco.

Su majestad se ha mostrado con tal valentia y valor, arrastrando á todos, sin recelar los peores temporales del mundo: presagios son de grandes cosas, y su robustez puede ser amenaza de todas naciones. En esta incomodidad va afabilísimo con todos, granjeando los vasallos que heredó. Es rey hecho de par en par á sus reinos, y es consuelo tener rey que nos arrastre, y no nosotros al rey, y ver que nos lleva donde quiere.

Las fiestas del Carpio se dilatan; quiera Dios no se malogren, que serán sin duda grandes.

Bonifaz ha hablado con el señor Araciél de los negocios de vuecelencia; y él y yo somos servidores de vuecelencia y suyo, y á su disposicion, y cofrades del diente. Vuecelencia, si me quisiere hacer mucha merced, me envíe en un pliego (por vía del Almirante) la respuesta. Y á mandar cuanto fuere su gusto, que soy hombre de bien, y lo haré todo.

Hase juntado hoy Hortensio ante esta cofradía, y vamos para los peligros con confesor, y para los gustos con compañía.

Á don Andrés beso las manos y á don García. Á firmar, que es larga la carta. — *Don Francisco de Quevedo.*

Á DON JUAN ADAN DE LA PARRA.

Mucho me extrañara, amigo Parra, de vuestra desnudez, si no se me acordara de que sois Adan. Mas, puesto que venis despojado y con las vergüenzas al aire, que vale tanto como desvergonzado, á guisa de puta con hambre ó de cabra en hornillo; debo aconsejaros uséis de vos mismo para cubriros,

no sea que al salir del paraíso seáis azotado, no por ángeles, como aquel nuestro pariente, sino por diablos cortesanos de los que en mortero de zánganos zumban á la oreja del amo ó de su bufon, que es lo mismo.

Leí vuestra filípica sin careta, y á fe que os explicáis como un Séneca. Mas no os aconsejo la echéis á volar sin faldas, porque os habéis retratado en ella de tal modo, que no habrá puta real que no os señale con el dedo, ni galgo palaciego que no os olfatee. La verdad desnuda, amigo Parra, es pan y turrón para los buenos, pero se cambia en dogal para los malos; y así, que si los unos la buscan, los más la huyen, y afilan las ponzoñosas armas de la traicion para asesinarla. Yo, que no soy más cuerdo que vos cuando de verdades se trata, me hallo mal parado con esta madrastra, que siempre paga mal á sus hijos, pues que da armas á sus enemigos para que los asesinen.

Mirad bien, Parra, que el de.....es pajarito con alas de águila, y que puede comer el fruto ántes de madurar, para que os corten por el tronco; si es que no os guarda para que invernéis en la carbonera de Santo Domingo, que es santo á quien gustaron los chicharrones. Y como os tome por su cuenta, habéis de hacer la fiesta en la plaza Mayor, mártir de la verdad.

Se me alcanza, á pesar de mi corto brazo, que podrian vestir mejor á la Condesa, aun cuando desnudasen más al Conde, porque es señora; y aunque ella se descubre, no es bueno que enseñe más por vos que por ella, no importando que él vaya en cueros, que al fin es más conocido y no necesita para nada el embozo.

El de Lerma no os perdonará la burla, y yo tampoco, que respeto á los amigos; y así, os suplico que, si no por él, por mí, pasen sus virtudes al de Olivar, que al fin es árbol de fruto más aceitoso y manchadizo. Baste de consejos, y perdonad si mi inocencia anda extraviada; que esta es fruta comun y sueldo corriente de todos tiempos.

Volviendo á vuestra carta, nada me extraña del suceso de los Flanquines, que son coches ó cocheros de Vénus de la villa; y en cuanto á ellos, os diré que ayer tropecé yo en ese pecado. Tomamos un coche del buen Flanquin, tan flamenco como su amo, disfrazado con camisa, armas de un gran señor

faluloso para mí y para todos; y haciendo del grande, me dirigí á mi diminuta persona, que me recibió como á quien de coche bajaba. Decir cuanto allí pasó sería deleitarme y no satisfaceros; y como no sea bien pasar el queso por las mientes sin dar un bocado, sólo os diré (volviendo á mi propósito, si creí que le hice) que mi señora me pidió coche para la calle Mayor, y no sé qué fregado decente, y que yo no pude negarle ménos á la que es maestra dellos. La ofrecí coche flamenco para sus antojos; que para tales no hay cosa de mejor satisfacción que los tales barcos de Pluton. No podéis figuraros lo que rueda el pecado en ellos: doncella sube por una ventana, que con sólo pasar por el carruaje sale madre en víperas por la otra: habiendo dejado caer la flor de su capullo, cámbiala por nueve meses de retortijones, algunos días de angustia y no pocas horas de alaridos, que á esto da lugar la risa de un instante. Pero en retorno aquel coche da al César productos feraces, al mundo pimpollos que produzcan frutos, verduras sin cuento, y carne al infierno. Por este lado estos coches son tan útiles á la república como perjudiciales á la moral; mas, pues que son necesarios, dejemos rodar con su buena ventura estos depósitos de placeres presentes y de pesares futuros, que acaso algún día necesitemos acelerar el paso de la vida en ellos; y máxime yo, que los tengo tan de cerca, que no pasando ninguno en mi humilde carreta, soy más envidioso de las escenas que algunas veces veo, que contentadizo de mi continencia.

Á DON JUAN ADAN DE LA PARRA.

El alguacilado don Diego Terrones sigue atufado; Dios le dé seso, y á mí me despierte, para no soñar más en sus uñas, que cada vez se asemejan más á las de su maestro el rabilargo. Otro licenciado Calabrés tengo en ciernes, pero el original es más diminuto, y desconfío de que haya capigorriones y fulleros que me devanen los sesos para que salga bien hilado.

Creo que Segovia le habrá ofrecido recuerdos míos, como dice en la suya, y siento que el pobre Cabreriza se halle tan mal parado con los apuros; mas no se ría, que es espátula

que llevó ántes muchos adelante, cuando habia encontrado el unguento que le sostiene aun en vida.

No deje vuesamerced de visitar á mi Marta que, aunque vieja, todavía tendrá carne y buen caldo, que es condicion de gallina flamenca; mas váyase sin blanca, que tiene iman en sus ojos y son gatillos sus dedos. Aun si puedo enderezar esta pata, que me hace más mal que bien de presente, he de ir á rodar los manteos hácia la calle del Fraile, para enseñar á vuesamerced bellezas ignoradas por lo perdidas, y diamantes en bruto por lo pulidos.

El Conde aquí sigue condeando, y el Rey durmiendo, que es su condicion más análoga: hay, parece, nuevas odaliscas en el serrallo, y esto entretiene mucho á su majestad y alarga la condicion del de Olivares, para pelar la bolsa en tanto que su amo lo hace de las pavas. Todos gruñen por esto y lo que vuesamerced sabe; pero los sabuesos se mean en los perrillos y signen adelante. Dios nos asista con pan y paciencia, y rueda la bola, como no nos tope.

Habiendo sacado el alma de carnes, ó las carnes del alma, que vale tanto, pintándome las narices del modrego de Berlinches, me recordáis al buen párroco del Fresno de Torote, hombre de tan descómunes narices, que otras mayores jamas he visto. Las mias, que no son pocas, pueden tenerse por narices mínimas, comparadas con las del clerizante, aquel de quien dije aquellas coplas en casa de la Condesa, en donde tambien se recordaron las del canónigo Berduguillo. Por esta vez, amigo Parra, os llevo ganada la palmada en cuanto á narices, y me temo que no se den vuestras narices por hijas de las mias.

Á DON ALONSO MESSÍA DE LEIVA.

Escribeme vuesamerced, señor don Alonso, que desea saber cómo me sucedió el viaje; debiera él contentarse de haberme traído acá, y cuidadoso, sin tener á vuesamerced con cuidado.

Vine en coche de alquiler, con más carga de años que de trastos, un muchacho y otro viejo; que es nombrar á Morales. Por la Mancha, en hivierno (doudé las nubes y los arroyos, como en otras partes producen alamedas, allí lodazales y pan-

tanos), la agua que no se bebe, aun sed rabiosa no la persuade. Fué la lluvia prolija, y yo temia más el vino en el cochero que el agua en el camino. Tal era, que me aseguraba ántes del albedrío de dos reatas falsas que de su gobierno.

Llegué á las ventas del Puerto Lápiche, no escogi en ellas; contentéme con una choza que llamaban aposento, en la postrera. Fiéme del vocablo, apénas pude entrar y apénas cabia; todo lo embarazaba una cama, cuya manta era inquietud, mal espulgada, la almohada asco, las sábanas castigo; el jergon, amenaza al sueño y remedio á la modorra, mejor para despertar que para dormir. Cené lo que la huéspedá quiso; de suerte que eché ménos no haberlo comido crudo. Arrojáme devanado en la capa sobre mi ható; debi de dormir algo; no se lo digo á vuesa merced por verdad, sino por conjetura. Amaneció; baja me parece de la aurora acordarse de tal sitio. Habíanle faltado á otro huésped unas espuelas y unas alforjas y un sombrero, y despues de grandes voces vinieron á malas palabras y á peores obras; oyóse ruido de espadas y golpes de piedras. Sacónos á todos el alboroto afuera, divídimosle; si bien no fué posible apaciguarle, por haber dos heridos y un descalabrado.

No quiso, señor don Alonso, perder el tiempo la consideracion, que si atiende, en todo halla doctrina y estudio. Oíla su voz; y yo se la doy ahora porque vuesa merced la oiga tambien y la logre mejor: « Mirame, decia la furiosa ignorancia del hombre, cuán desenfrenado sentimiento muestra por una miseria y dos andrajos que le ha hurtado la venta donde con otros muchos ha sido huésped una noche. Y habiendo tantos años que de noche y de dia es huésped de su cuerpo, no siente los grandes robos que le hace cada hora en los sentidos y potencias: su lujuria le ha robado los piés, y las manos no le sirven sino de verdugos; hale acertado la vista, ménos ve que llora; hale derribado las fuerzas de suerte, que el soplo no cuenta por hazaña el trastornarle; la gula le ha desarmado las encias y desempedrádole la boca, hale reducido á vientre embarazoso; el vino le quitó el seso, y le llevó la color y la lengua, aprisionándole la habla, haciéndole dar trapiés con las razones, infamándole con el tufo el aliento. La ira le hurta el sosiego, algunas veces la honra, muchas

veces la salud, y no ménos la hacienda con los pleitos, y la vida con la venganza.

Aquel hombre pareció loco, y fué licion: hizo cátreda el ventorrillo, enseñónos á sentir lo que nos hurtan. Tratemos al cuerpo como á compañero, y temámosle como venta en que somos huéspedes; hagamos la cuenta, y paguemos lo que debiéremos en la posada, y guardemos lo restante para la cuenta que debemos dar. Alto letargo padece el seso humano: en más estima aquel sus espuelas, que nosotros la salud y la vida, y oso decir que la paz de la conciencia; riñe con quien se las hurtó. Nosotros le agradecemos al cuerpo los hurtos; poco dije, se los persuadimos, y llegamos á reconocerle por deuda lo mismo que nos roba. ¿ Qué no hará quien agradece á sus pecados el deleite que le mienten? No he visto hombre malo contento con una culpa, ni cansado con muchas. Ya que nuestro cuerpo sabe ser venta siempre, sepamos ser huéspedes alguna vez; si no supiéremos evitar los hurtos, riñámoslos, si quiera hagamos de nuestra alma el caso que hizo aquel de un sombrero viejo; advirtiéndole que el caminante está en la venta de paso, y nosotros de por vida. Vivamos como entre ladrones, pues sabemos que vivimos en venta, no cuando saldremos della.

Dé Dios á vuesa merced su gracia, larga vida con buena salud, y le aparte de todo mal. Villanueva de los Infantes, 7 de diciembre de 1629.

AL DUQUE DE MEDINACELI.

Dé Dios á vuecelencia estas pascuas con la salud y contento que yo deseo. Señor, la portuguesa llegó á mi casa con los gritos desde el Quemadero; entró allí á media hora con aquella cara que yo he visto en pié de cruz, rellanada sobre equis de dos huesos de muerto. Dióme con una carta de vuecelencia buenas pascuas y aguinaldo. Luego empezó abriendo los brazos, á manera de milano contra clueca, á correr por la sala diciendo al rededor: « ¡ Oh qué duque, qué gran señor! ¡ Ten tanta tierra, tantos pueblos, tantas ciudades! » y de repente plegándose toda y hincada de rodillas, decia: « El Duque mi senhor, ó mór senhor do mundo. » Y respingando, mudando

la habla en chillido, y incensando con los brazos, decia : « Deime tanto trigo, muito trigo, venho rica » ; y mudando de trote, decia : « Acevedo (por Quevedo), por los montes andaba con elle á caballo, á horcajada, á caza » ; y diciendo esto y haciendo el caballito, trotó toda mi sala. Luego haciendo un ovillo el varapalo de su talle, decia : « ¿ Veis a Casa do Campo, y as Larangeiras, y ese Diablo ? (yo entendí el Pardo) tudo é merda en comparazão del Manojil. » Y de buen desvío, de tal suerte mudó tonos y desquició su cuerpo, que yo y dos amigos que se hallaron allí quedamos desvanecidos de la vista y atronados de los oídos, y ella ronca ; y como es, con estallido, se fué diciendo : « Escribid, Acevedo, para el sábado, que he de enviar todas as respuestas á aquelle rey del mundo. »

Esta es, en suma, la letra de la portuguesa ; olvidábaseme que embistió conmigo, diciendo : « O Duque meu senhor me dió este abrazo que te diese ; » y cerró conmigo ; y con una cesta que traía me aplastó las narices, y con la cara me sahumó de rancio : acordéme de los enfadosos que vuecelencia me solia zurcir. Sea vuecelencia loado, *amén*.

Yo doy gran prisa á este señor por ir á servir á vuecelencia, y se la doy sin susto de lo que hiciere ú dejare de hacer ; que estoy cierto que hará lo que me convenga, y no estoy dudoso de lo que suele hacer, ni temeroso de lo que puede, ni desprevenido para lo que quisiere. Vivame vuecelencia ; que lo demas todo es sueño y desacarreo.

Por aquí andan relaciones del marqués de Santa Cruz, quejas del duque de Lerma ; y se dice el Duque se ha quejado (acerca del suceso de Casal) de Santa Cruz. Vino nueva de Génova, en carta á Octavio Centurion, que ya habían vuelto los franceses á salir de Casal. Mas si hubiera paz ú conciertos, desde que se avisó, habia de haber tenido correo por tierra ; pues no viene, mala señal.

Aquí se dice apretadamente la ida del Rey á Barcelona, á cortes ; de don Fernando, á Flándes ; que va por sumilier de corps don Gonzalo de Córdoba, y á Camarasa dan la presidencia de Órdenes ; Moscoso, caballero mayor.

Aquella persona que nos vendió el galgo, dicen no se halla donde está, ni quiere estar allá, ni se pueden averiguar. Aquí están los ojos para testigos de lo que hubiere.

Díjome la portuguesa, llegándose al oído tanto, que pudo valer por beso : « Acevedo, a Duquesa, minha senhora, está preñada ; não o digais á ningun. » Si ella me dijo verdad en esto, no pasa de aquí el alborozo de mi deseo. Á mi señora la Duquesa beso la mano, y que ya tengo un librillo y otras cosillas que enviar para que su excelencia se ria ; y dé Dios á vuecelencia muchos y bienaventurados años, como yo deseo y he menester. Madrid, 21 de diciembre de 1630. — *Don Francisco de Quevedo Villegas.*

Á DON ANTONIO DE MENDOZA, CABALLERO DEL HÁBITO DE CALATRAVA, AYUDA DE CÁMARA DE LA MAJESTAD DEL REY DON FELIPE IV, NUESTRO SEÑOR. — ACONSEJA EN ELLA QUE EL HOMBRE SÁBIO NO DEBE TEMER LO FORZOSO DEL MORIR ; ÁNTES SÍ DESPRECIAR SUS MIEDOS Y HORRORES.

Asáltome el otro dia los gustos más conformes á la liviandad de mis deseos, el recuerdo de un amigo que vi llevar á enterrar ; y segun andamos divertidos, casi estamos enterrados, y no creemos que lo mortal del error nos tiene difuntos. Y á pesar de la opinion lastimosa que, de parecer de Epicteto, hace fea y digna de lágrimas la muerte, con animoso corazon dije : Dichosamente los justos desean ver su espíritu rescatado de la vil prision del cuerpo. ¡ Oh, cómo habrás conocido que te fué muy cara compañía ! Si en mar dificultoso navegaste, ya estás en el puerto ; y cuanto fué más corto tu viaje, tantas ménos borrascas sufriste. No por la suma piedad te falte, porque te ves en salvo, lástima de los que dejas acá remando. Presto seré contigo ; que si la vida es sola la que aparta los vivos de los muertos, breve es la distancia del intervalo, si aun mientras te hablo, con estas postreras razones te sigo ; que, como dice Job : « Nacimos de mujer flaca, llenos de miserias, á breves dias de vida, como la flor, apénas florida cuando marchita. »

Esto dije yo á voces. Admiráronse los amigos que lo oyeron, y preguntóme uno ¿ cómo era posible que así me consolase de la muerte de un hombre tan familiar mio, y que no mostrase alguna tristeza ? Fué, señor don Antonio, lo que respondí :

Confieso, señores, que si he pecado en algo ha sido sólo en tener envidia á la buena suerte del amigo, que primero veo

descansar de las molestias de la que (no sin agravio de la muerte) llamamos vida; bien que primero busqué razones que acreditasen mis lágrimas. Mas volviéndome á todas las cosas que deja acá, hallé forzosas ocasiones de alegría. Miré un alma, imágen de Dios (de tanta estima á sus ojos, que por enmendar un borron en ella, no halló bajeza alguna indigna de su grandeza), vila detenida en negocios vanos, aposentada en casa frágil; y hallo que no la estima ni conoce quien no se lastima de verla tan mal entretenida en este camino. Considero que la vida, á que nació, es tan poca, que no sé qué pueda decir nadie: «Vivo»; pues lo pasado ya está en poder de la muerte, tirando de lo por venir, que sólo tarda en pasarse lo que tarda en llegar; pues lo presente, que en un instante deja de ser futuro, parte á pretérito; y mientras uno dice: «Vivo», aguija á la muerte, y con las obras desdice y desmiente las palabras. El mal que nos hizo naturaleza en darnos vida trabajosa, desquitó y satisfizo en darnosla corta. Estratagema fué suya quitarnos la razon cuando nacemos; porque á tenerla y conocer á qué veníamos, hiciéramos desesperadas diligencias por hacer un dolor el del nacer y el morir. Pues ¿cuál hombre (que sabe de qué generosa casta es el alma, que mal vestida la traemos, disfamada en los deleites del cuerpo) dejará de conocer cuánta lisonja le hace la muerte en apresurar los pasos con que por este camino va á la patria?

Diránme que vuelva los ojos á la hermosura de la tierra, á la luz del sol, á los amigos, á los parientes, á los padres, á la hacienda, á los deleites y gustos; y que sin duda lloraré por el que de enmedio destas cosas, y de su edad, es arrebatado. Y lo primero que miré como consuelo, fué ver que salia libre destas mismas cosas: pues en la hermosura de la tierra no deja otra sino memorias de su fin. ¿Qué otra cosa dice la primavera hermosa que una niñez, á que despues (por las vueltas del tiempo) sucede la juventud de un verano, y luego la consistencia de un estío, y tras él la vejez de un otoño, y últimamente una muerte helada de un frío invierno? Y pocos son los que no se quedan en lo tierno de la niñez. ¿Qué otra cosa es una flor, sino un retrato de la vida del hombre, en cuya hermosura tienen poder todas las mudanzas del tiempo?

Dejó en la tierra campos que regar con sudores; posesiones

que (como dijo la epigrama griega) tienen por dueño firme la sucesion. Dejó en la tierra muchos afanes, que le debían de divertir de la paz de la conciencia. Dejó una venta, que con su hermosura y regalo le detenía de llegar á la patria que buscaba. ¿Quién será el necio que llame en un camino, beneficio la tardanza de su jornada? San Pablo dice que somos caminantes, y no moradores. Segun esto, razon tuve yo de ver á mi amigo que fuera de la venta tenía ya los piés en la patria que buscó. — Juzgo ser de mi opinion lo que dice Job: «Mis dias pasaron más veloces que el correo, huyeron y no vieron el bien; pasaron como las naves que llevan frutas, y como la águila á la comida»; porque es decir que entre todos sus trabajos se consolaba con ver que se habían pasado sus dias tan presto. Y advierto en lo que dice que «no vieron el bien»; no porque le hay, sino porque se detuvieron en los males de acá, teniéndolos por bienes. Y que él se alegrase con la muerte y la tuviese por descanso, en la primera lamentacion suya lo dice, cuando se queja de que nació y maldice el dia de su nacimiento. Y en el capítulo VII dice: «Guerra es la vida del hombre sobre la tierra, y sus dias como los del jornalero; como el ciervo desea la sombra y el jornalero el fin de su trabajo.» ¡Oh, cómo esfuerza lo que yo he dicho, y todo en una palabra con una ilacion! Guerra es la vida: sin duda es descanso la muerte. ¿Á quién le pesó de ver descansar á su amigo? Los dias son como los del jornalero del trabajo; y por eso dice que desea el fin dellos, porque en él está el remate de sus penas. Tú que deseas vida á tu amigo, ignorante, ¿qué otra cosa haces que pedir cruel plazo á la tarea del que trabaja?

La luz del sol dejó, cosa por que los antiguos se entristecian, como no aguardaban luego sino reinos de sombras, y oscuros y vacíos campos. Mas yo, que por la fe creo que la muerte cierra los ojos en este dia, y me veo libre de ser arrastrado de horas fugitivas, maliciosas y inciertas, y abre los del alma á luz que no sabe dar lugar á noche ni tinieblas, ¿por qué no he de alegrarme con la mejoría del que bien quiero?

¿Qué es el dia y el sol para nosotros? Séneca lo dijo bien con estas palabras: «Cualquier dia nos muestra cuán poco somos, y con algun nuevo argumento nos amonesta, viéndonos

olvidados de nuestra fragilidad; pues meditando en las cosas eternas, nos fuerza á mirar á la muerte. » Esto se entiende del sol y la luna, en cuyos defectos, ocasos y orientes nos vemos amonestar que somos barro y polvo.

Amigos dejó, que al fin le dejarán; túvolos su felicidad, no él. ¿De qué le sirvieron en el mundo? de ladrones del tiempo que le hurtaron con su compañía; de facilitarle los atrevimientos de mozo, de traerle siempre cuidadoso de conservarlos; de ser enemigo de sí, por ser amigo dellos; y al fin, si fueron buenos, le dió dolor de apartarse dellos; y si malos, de no haberse apartado ántes. Y si alguna cosa no dejan los hombres, es los amigos; que como todos caminan á la muerte, no hace el que acaba primero, sino adelantarse un poco de los que le siguen: y así, hace mal el que se despide del que corre tras él, pues ve que le va siguiendo, y que por la misma senda va adelante, y que le ha de aguardar por fuerza. No ha de decir el que se muere al que vive: « Quedad con Dios », sino: « Dáos prisa »; no « yo me parto », sino « allá os espero. » Esto corre con padres y parientes.

Vamos á la hacienda, que verdaderamente se deja, ó por mejor decir se queda; porque como ni es bien del cuerpo ni del alma (sin acompañar el cuerpo á la sepultura, ni el alma á su descanso), se queda con la fortuna, cuya es, aguardando en codiciosa herencia nuevo dueño. Si esta hacienda pues se buscó con diligencia, se guardó con cuidado, se gastó con cuenta, y se dejó con dolor, ¿qué bien y comodidad hizo al dueño para que sintiese apartarse della? Tuvo hacienda: tuvo envidiosos, temió ladrones y sufrió aduladores, y dió envidia y condicia de su muerte al sucesor; y muerto, ella misma le enjugó las lágrimas y fué con su precio consuelo de su muerte. Mirá si está descansado de buen peso, y si conocida esta ingratitud de los bienes temporales; que sólo se guardan para el cielo (segun palabra de Cristo) los que se dan al pobre, como dijo (aunque con profana boca) Marcial: » Parte toma el fuego abrasando la casa; parte la mar, anegando las mercaderías y flotas; parte el amigo, parte el deudor desconocido, y parte el campo estéril. Sólo se hurta á la fortuna y hado la hacienda que se da al benemérito. »

Los deleites y gustos es mentira decir que los dejó, porque

nunca hombre mortal los tuvo; sombras sí aparentes, figuras dellos sí, que con el remate suyo consolaron al que los perdió; sueños vanos, que entretuvieron mentirosos, y llegada la luz se desvanecieron. Esto sí; pero deleites y gustos que tuviesen de serlo más que el nombre, dígame alguno, ¿cuándo se usaron en el mundo?

Todo fué mentira y representacion; « hasta la vida propia (como dice Epicteto) es una comedia. Conviene á cada uno de nosotros hacer bien nuestro papel, sea el que fuere; pero á Dios toca dárnosle. No es de nuestro poder el escoger el del rey, ó el del pobre, ó el del ignorante, ó el del discreto; que eso, y darle largo ó corto, toca al autor de la farsa. » Sólo nos ha de consolar ver que el ser rey, papa, pobre y humilde, dura sólo mientras hacemos las figuras en el tablado de la vida; que en entrando en el vestuario de la sepultura, todos somos igualmente representantes, y se conoce que la diferencia estuvo sólo en los vestidos. Hizo mi amigo ya su personaje: dióle Dios el papel corto; acabó en pocos años; desnudóse la ropa del cuerpo; dejola en el vestuario de la tierra, y descansa ya del oficio trabajoso; que así (como dice san Pablo) « pasa la figura deste mundo. » ¿Murió? No; pasó á mejor vida, trocó la vida por la muerte. ¿Murió? No; acabó de morir, que cuando nació comenzó á morir. Y cuando muriera, ley es, y no pena, el morir: tras todos va, y todos vienen tras él. Ya sabe lo mucho que la muerte esconde; ¡qué dudas le ha declarado el postrer suspiro! ¡Oh qué ufana se hallará, sin rudezas del cuerpo, el alma! Dejó el preso la cárcel, el esclavo el captiverio; salió el huésped de la mala posada, el caminante de la venta: y ¿no queréis que se alegre? Desnudóse el vestido que no habia menester, soltó los grillos para volar; que eso fué dejar el cuerpo en la sepultura.

Dirás que le comen gusanos, y que ves resueltos en podricion todos los miembros con que vivia. Y aun eso á su alma y á mi nos consolará de que haya dejado cosa tan mala, que habia de ser alimento de la tierra: por ahí conoceréis mejor su mucha calidad y belleza del alma, pues bastó su presencia á disimular tanto horror y á hermosear un sepulcro tan feo.

Yo tengo por opinion que lo que acá llaman muerte se ha de llamar resurreccion, pues el cuerpo no es más que una

sepultura, y el espirar es salir el alma deste sepulcro, donde estaba administrada por sentidos terrenos. Dice Platon que quien tiene cuidado de su cuerpo, mira por cosa suya, pero no por sí; pero quien mira por el dinero, ni mira por sí ni por cosa suya, sino por lo que está léjos dél. Y en confirmacion de que es sepulcro, él mismo dice: « Nuestro cuerpo se llama soma ó sima, que es sepulcro del alma. » Dice Mercurio Trimegisto, antiguo teólogo (en el *Pimandro*), que « el amor del cuerpo es causa de la muerte, y que quien no aborreciere el cuerpo no se podrá amar á sí; porque es el cuerpo vestidura de ignorancia, fundamento de maldad, ligadura de corrupcion, velo opaco, muerte viva, cadáver sensitivo, sepulcro portátil, y ladron de casa, que mientras halaga, aborrece; y mientras aborrece, envidia. » Desta condicion es la casa que traemos con nosotros mismos. Él nos lleva tras sí porque no veamos el decoro de la verdad; él embota la vista de los sentidos exteriores, y la ciega y con la materia pesada los ahoga. Embriágalos con abominables defectos, porque nunca oigamos ni veamos aquellas cosas que se deben oír y mirar. Pero Augustino, en la epístola xiv, dice: « Confieso que naturalmente tenemos nacida con el alma caridad de nuestro cuerpo; confieso que tenemos á cargo su tutela; no niego que se le ha de perdonar. Pero niego que se le ha de servir, porque sirve á muchos quien sirve al cuerpo; porque teme por él mucho quien lo atribuye á él todo. Así pues, nos hemos de gobernar, no como que debamos vivir por el cuerpo, sino como que no podemos vivir sin él. El demasiado amor suyo nos inquieta, con solicitud nos carga, y con afrentas nos aflige. » Ved pues si, siendo tal el cuerpo, hago conforme á toda razon, holgándome de ver á mi amigo desnudo dél. ¡Ojalá me viera yo ya cerca de vivir sin ropa tan áspera y prestada! ¡Oh, cómo será, cuanto presta, más bien venida la muerte! Poco la sintiéramos si usásemos della como de cosa ajena, y no nos ensoberbeciésemos con la posesion soñando propiedad.

« ¿Quién me darás, dijo Séneca (epístola 1), que ponga algun precio al tiempo; que estime el día; que entienda que cada día se muere? En esto nos engañamos: que aguardamos la muerte, estando ya pasada por nosotros la mayor parte della: todo lo que de nuestra edad pasó tiene la muerte. Haz

pues, mi Lucilio, lo que escribes que haces: abrazar todas las horas; y así vendrá á ser que pendas ménos del día de mañana si aprovechas el de hoy. La vida se pasa mientras se difiere. Todas las cosas, mi Lucilio, son ajenas; sólo el tiempo es nuestro. » Y en la epístola xxxii dice el mismo Séneca: « Considera cómo agujaras y corrieras cuando, amenazándote, viniera á tus espaldas el enemigo. Esto pues te sucede: eres seguido y alcanzado; escápate, y ponte en salvo; y desde allí considera cuán hermosa cosa es acabar la vida ántes que venga la muerte. » No es, segun esto, bueno el vivir demasiado, sino el vivir bien; por lo cual el sábio vive cuanto debe, y no cuanto puede. Y pues es más humana cosa considerar la vida que llorarla, de parecer de Séneca, yo quiero del mio hacerlo así, pues por breve no se puede: que nosotros breve la hicimos, que no la recibimos; ni somos della pobres, sino largos. Y el *Eclesiástico* dice no sólo que no se llore el difunto; pero en el capítulo xii añade que es mejor el día de la muerte que el del nacimiento. Y Job dice que descansará en la tierra con los cónsules y reyes; y más adelante, en el primer capítulo, dice que á los tristes es lo mismo hallar el sepulcro abierto, que á los que cavan por riquezas hallar el tesoro. Platon dice que es absurdo llorar el hijo ó criado que se muere. Porque, como dice Salustio, para decir que uno murió, es mejor modo de decir: « Pagó lo que debía á la naturaleza. » Y como dice Lucrecio, libro iii: « Si hablara la naturaleza, yo pienso que reprehendiera así á los hombres: ¿Por qué, mortal, con tantos extremos tiembblas, temes y lloras la muerte? ¿Por qué? Si la vida pasada te fué dulce y agradable, que no te sucedió desgracia, ¿por qué, harto de vida, y enfadado della, no te apartas de buena gana, y con ánimo igual no admites la quietud? Pero si todo te fué azares, desdichas y trabajos, ¿por qué quieres añadir más? » Así que, alegre ha de morir el dichoso y el desdichado: aquel harto, y contento de que acabó sin azar; y el otro de que acabóse lo que tenia.

Demas desto, no es mi amigo este que llevan con triste pompa á depositar en tierra: este es el cuerpo que desechó el alma de mi amigo para pasar á la eternidad. Y así entendió esto Platon cuando dijo en el libro de las *Leyes*: « El hombre

no es otra cosa que el alma misma; que el cuerpo sigue al hombre como cosa imaginaria. »

De nada ha de cuidar un hombre ménos que del sepulcro. ¿Qué piensa el que suntuosamente le adorna, y toda la vida anda solícito de su entierro? ¿Por ventura, no de la misma suerte descansa en muda piedra el no conocido, que siete piés ocupa, que el que está detras de bultos y epitafios? ¡Dichoso el plebeyo que muere en Dios, que con la corrupcion de su cuerpo fertiliza la yerba que piadosa le cubre!

Aquí llevan lo que más le importó dejar á don Diego para ser. Pues ¿por qué, si yo entiendo así estas cosas y ellas son así, no he de mostrar alegría del buen suceso de mi amigo? que infaliblemente tiene falta de fe quien, sabiendo que el alma es inmortal, y que el hombre perfecto es el alma, no tiene contento de verla sin embarazo nacer á la eterna vida, en el divorcio que hace con el cuerpo. No sólo no me pesa de que muriese mi amigo; mas alzando la voz, así le digo á Dios :

ORACION

« Señor, si piadoso ordenas favorecer mis deseos, pues criaste para ti mi alma á tu imágen y semejanza, y despues contigo mismo la reparaste, desátala de las ligaduras, donde en república mortal se ve sujeta á leyes de apetitos desordenados. Basta, Señor, el tiempo que, ciega con la nube del cuerpo, vaga y errante, es forzada á obedecer albedríos tiranos. Desnúdame, Señor, destas prisiones; y apresura el dia en que, siendo el postrero, sólo temeré la cuenta, y en ella lo mucho que descuidado y perezoso he de dar que suplir á tu sangre; tanto más malo, cuanto más necesidad tuviere de tu mayor misericordia. No ande más tiempo tu imágen mal acompañada; que si por destierro está en el cuerpo, ya ha sido largo el castigo. Yo os prometo, Señor, que de aquí allá no ha de haber alegría en mi corazon, pues sólo lo pienso admitir con el postrer paso. »

Así acabé mi oracion, señor don Antonio; y despues acá todo el tiempo qua vivo, es en confianza de que no dejará Dios de oirme: pues, como el Profeta, puedo decir que clamo á él desde el profundo. Y él (como dice David en el psalmo CLXII)

se dolerá de mí: porque, como se lastima el padre de los hijos, así Dios de los que le temen; porque él conoció la fábrica de que somos compuestos, y porque se acordó que somos polvo.

« Florecerá el hombre como la flor del campo, y serán como el heno sus dias. » Más lo encareció Job, que dijo que « eran nada »; y apretándolo más, y tratando de las horas, dijo un griego que « una misma hora era madre y madrastra ». Y al fin todo es mudanza; y lo que vivimos, poco es vida; que lo más es tiempo que nos lleva tras sí. Y por eso la Iglesia la postrera palabra que nos dice es, que descansenos en paz, por ser cosa que en sola muerte la podemos hacer.

Esto escribo á vuesamerced, señor don Antonio, para que con igual ánimo, despreciando los miedos de la muerte amiga, los pase á los trabajos del vivir; y filósofo, no deje vencer ni doblar el espíritu, de la opinion comun y espantosa.

Á DOÑA INÉS DE ZÚÑIGA Y FONSECA, CONDESA DE OLIVARES, DUQUESA DE SAN LÚCAR, CAMARERA MAYOR DE LA REINA.

La mujer buena, dice el Espíritu Santo que ¿quién la hallará? Esto, excelentísima Señora, nos advierte de que podemos deseársela, mas no bastamos á elegirla. Reservó Dios esto para sí por la mejor dádiva de su mano para esta vida, y la paz y contento deste mundo; y así algo tendrá de atrevimiento decir cómo la deseo. Acertaré si me remito á su voluntad, como lo hago. Mas no excuso hacer esta diligencia rendida á su voluntad, declarando mi deseo, por hacer de mi parte lo que puedo; que, como dice san Pedro Crisólogo, entre las divinas virtudes pide Cristo el auxilio humano. Para esto todo es menester, y sólo Dios basta; lo que importa es merecerlo para pedirselo; que los hombres poco tienen que fiar en su eleccion, y nada de su deseo.

Lo que debo desear en una mujer para mi quietud, honra y salvacion es, que haya crecido sirviendo á vuecelencia en su casa; que si ha sabido obedecer á vuecelencia, no hay dote temporal ni espiritual que no traiga para mí en sólo el nombre de criada de vuecelencia. Y por si el mandato de vuecelencia se extiende á más, quiero lograr mi obediencia diciendo las partes que deseo en la mujer que Dios, por merced de